



LOS PRIMEROS PASOS.

Sabido es que cuando el árbol tiene todavía el tronco delgado y flexible, puede subir con facilidad derecho y airoso, si una mano hábil y previsora le dirige de modo que no le aféen en el día de mañana monstruosas tortuosidades. Y no es menos sabido que si con estas se ha dejado crecer abandonado, ya no es fácil, antes bien es imposible corregirlas cuando los años han endurecido sus fibras y empobrecido su sávia.

Tales ideas, que no por ser vulgares son menos exactas, se ocurren en forma de fábula ó apólogo á la mente de toda persona pensadora, siempre que repara en la crisis por que atraviesan, tanto el niño como la niña, al despuntar los primeros albores de la adolescencia.

¡Hermosa edad, pero peligrosa! Ninguna como ella requiere los solícitos cuidados de los superiores, de esos superiores que, según la doctrina cristiana, lo son en edad, saber y gobierno. En ella se trasforman los sentimientos,

se desarrollan las inclinaciones, se dibujan los caracteres que en lo futuro han de singularizar al hombre y á la mujer. Por esto es tan necesario que *los primeros pasos* que uno y otro den en el camino de la vida vayan enderezados por buenos senderos, por aquellos que la Providencia en sus profundos arcanos ha trazado á cada individuo, para que marchando libremente por ellos, pueda llegar al término de su carrera.

Cualidades laudables y defectos dignos de censura apuntan al anunciarse la adolescencia; si bien por la naturaleza distinta del hombre y la mujer, por la preponderancia que en los unos augura la cabeza y en las otras la sensibilidad, son en diverso grado perceptibles los indicados defectos y cualidades. No por eso dejan de ser de análoga trascendencia. Revela el niño los gérmenes de la ambición, del valor personal, del egoísmo, de la insubordinación, de la laboriosidad ó de la pereza: deja entrever la niña los oríge-

nes de la frivolidad, del pudor, de la coquetería, de la modestia, de la vanidad ó del sacrificio; y es menester que la mano de los padres ó de aquellos que los representen en la tierra, al encontrarse mezclados el buen grano y la zizaña en el delicado corazón de los pequeños, sepa arrancar ésta para que aquel produzca y rinda ciento por uno. No ejecutarlo así es hacerse de antemano responsables de los frutos malos que den la inteligencia y el corazón de los adolescentes, y de los buenos que dejen de dar.

¡Oh, repetiré, qué hermosa es la adolescencia! La razón que ha estado limitada hasta allí á la ténue claridad de una alborada dudosa, comienza á presentir la espléndida brillantez y vívífico ardor de un sol que amanece.

Bello es entonces, á no dudarlo, ver á la airoosa niña que con las tintas de la pureza en las mejillas y con la sonrisa del candor en los labios se hace mas grave en sus movimientos, mas culta en sus aficiones, mas delicada en sus palabras; pronóstico vivo de una futura mujer destinada á ser el consuelo de la familia. Pero no es así agradable, no lo es, ver á la niña que hace gala de vanidad ó desenvoltura, de audacia varonil ó de envidia, demostrando precozmente el menosprecio que inspira una mujer desabrida ó repugnante.

Hermoso es en esa edad ver al niño

dando abrigo á pasiones generosas, como el amor al estudio, el culto al arte, el respeto á la religion, el legítimo deseo de engrandecimiento, y sobre todo el valor cívico que desde muy tierno le enseña á arrostrar sereno la impopularidad entre sus iguales cuando se niega á seguirles en toda loca aventura indigna de un corazón puro y de una conciencia ilustrada. De estos adolescentes así salen los hombres útiles á la patria. Pero de aquellos (¡desagradable es verlos!) que groseros por instinto, sólo buscan la amistad de otros tales; que aborrecen el trabajo, que imitan á los hombres menos cultos en acciones y lenguaje, que no presienten la delicadeza con que debe tratarse á las niñas, que vocean y se producen echándolas de calaveras, y que son bastante débiles para temer á los mas fútiles respetos humanos siempre que se trata de ser buenos; de aquellos salen los seres abyectos y criminales.

Niños, ved cuál camino escogéis.—Padres, ved que *los primeros pasos* son el anuncio de una larga vida. Regularmente el individuo es durante toda ella lo que fué durante su primer tercio.

Para concluir, os repetiré con un poeta:

Cuando á crecer y prosperar empieza
El árbol jóven, del mortal espejo,
Fácilmente su tronco se endereza,
Pero se intenta en vano cuando es viejo

ANTONIO ARNAO.

PENSAMIENTOS.

La riqueza es á la virtud lo que los bagajes á un ejército: estos son necesarios, pero embarazan grandemente la marcha y hacen perder á veces la ocasión de vencer.

Hay varios medios de adquirir riquezas, pero hay muy pocos buenos y legítimos. El ahorro es uno de los mejores, pero siempre que no se opongá á las obras de caridad.

SUBIDA FÁCIL.

Quejábase la gente
de un misero villorrio
del mal que les traía
tenerle sito en hondo.

Fueran adonde fuesen,
era el subir forzoso
por unas empinadas
cuestas, de mil demonios.

En burro las subían,
malísimo negocio:
los pobres animales
se reventaban pronto.

Vivia el burro... gasto:
moria... compra de otro;
más gasto: apuros, trampas,
litigios y sonrojos.

Clamaba *de profundis*
á Dios el pueblo en coro,
y Dios benigno escucha
del infeliz los votos.

Y pródigo enviéles
un Mago prodigioso,
examinado en grave
cristiano consistorio.

El Mágico se impuso
luego en el caso, á fondo,
y al punto concluyeron
las quejas y alborotos.

Iban á hacer un viaje
Lázaro, Blas ó Antonio:
lo primerito, al Mago,
para pedir socorro.

«Aquí está mi pollino,
que es pequeñuelo y flojo.
—Aquí mi alcuza tiene
remedio para todo.»

Un líquido sacaba,
de un amarillo hermoso,
y echaba en un oído
el Mago al burro un poco.

El tal licor al asno
ponía tan brioso,
que por la cuesta arriba
trepaba como corzo.

Fué un día á ver al Mago
el rico don Gregorio,
llevando, y no del diestro,
á un arrogante mozo.

«Señor, le dice el rico,
este galán es tonto:
su padre en su presencia
lo afirma sin rebozo.

»Envíole á la Côte,
y hacerle me propongo
de aquellos que en palacio
más cerca están del Trono.

»Para facilitarle
pasos dificultosos,
para que llegue á ciertas
alturas sin estorbo,

»De ese tónico,
para jumentos propio,
eche usted á Luisito
en cada oreja un chorro.

»Él no lo necesita,
responde el Mago docto:
usted de sus deseos
cuenta seguro el logro.

»Eso, que á los cuadrúpedos
brios infunde insólitos,
no es más que el oro en líquido,
y usted lo tiene sólido.

»Pase á Madrid y vaya
Luis con dinero abondo:
verá usted si prospera
dentro de plazo corto.

»En todos los sentidos
fué y es verdad de á folio
que á donde quiera sube
asno cargado de oro.»

J. E. HARTZENBUSCH.



UN ECO DE LA GUERRA.

Hace unas cuantas semanas todo sonreía en casa del anciano. Mirábase éste en sus dos hijos: el mayor, un bizarro militar, y la niña un ángel de bondad, vivo retrato de su madre, que ya murió. El anciano era feliz.

Su hijo fué á la guerra: figuraos con qué ánsia esperarán el padre y la hermana las noticias de la guerra.

Ayer fué para ellos un día de felicidad: el periódico anunciaba que el hijo del noble anciano se había distinguido

tanto, que había merecido ser condecorado y ascendido sobre el campo de batalla. Hoy recibe el periódico el buen padre, y lo primero que lee es que su hijo murió al día siguiente en una emboscada...

¡Pobre padre! ¡Pobre hermana!

Niños, á la alegría sigue siempre el dolor. No confiéis mucho en la felicidad, y estad preparados siempre al sufrimiento. Esta es la vida: los placeres son efímeros; la felicidad insegura; se

necesita, pues, tener resignacion para sufrir, porque los pesares son en la vida mas frecuentes que las satisfacciones.

¡Rogad á Dios, niños inocentes, que acabe esa guerra que tantas lágrimas cuesta, que tantos desastres ha producido!

LA GRATITUD.

Ya se despojan los árboles de sus hojas, que alfombran por todas partes el suelo; ya ostentan su diadema de nieves las empinadas crestas de los montes; ya los dias son cortos, pálido el sol, frio y penetrante el cierzo que sopla por la tarde.

¿Qué se hicieron las flores de la primavera? ¿Qué se hicieron los hermosos frutos que se balanceaban hace poco entre el ramaje? ¿Qué se ha hecho la animacion, tumulto y vida que reinaba ayer en estos campos?

¡Pasó, como pasan todas las alegrías humanas! ¡Pasó, como pasa nuestra existencia fugaz, para hundirse en el confuso seno de la muerte!

Los que habian venido en pos de las templadas brisas, huyen, como las golondrinas, á buscar en la ciudad calor y abrigo, y dejan yermos, tristes y silenciosos nuestros valles, pues con ellos han desaparecido las bulliciosas partidas de placer y las alegres cabalgatas.

Sin embargo, como la Providencia, siempre pródiga, hace que se sucedan unos á otros los encantos para que su variedad satisfaga en algun modo nuestra versátil fantasía, aun no se extingue uno, cuando lo reemplaza con otro muy diverso.

Si nuestras bellas huyen apresuradas del helado cierzo, los intrépidos cazadores recorren, por el contrario, los bosques en busca de un rico botin para ofrecerlo á sus plantas.

¡Ay! ¡esos bosques que resonaron hace poco con los reclamos del amor, resonarán ahora con los gemidos angustiosos de la muerte!

¡Cuántasavecillas perderán á sus tiernos compañeros, cuántos hijos á sus padres, cuántas madres á sus adorados pequeñuelos!

Lejos de mí reprobar el noble ejercicio de la caza, que por otra parte es necesario; pero confieso que me mueven á suma compasion esos inocentes séres, destrozados por la mortífera bala, mientras estaban quizá forjando el nido, centro de sus futuras delicias. ¿Y quién sabe los bienes que hubiera podido reportar cualquiera de ellos, supuesto que la Providencia se vale de los mas insignificantes instrumentos para alcanzar sus altos fines? Una historia sé yo de una tierna amiga, que debió su honor y su fortuna á un inocente gazapillo. ¿Os reís? Es tan cierto, como que yo misma casi lo he presenciado, y si quereis que os lo cuente, oidme:

.....

—¡Oh, qué hermoso conejito blanco, Tomás! ¡Así era el que teníamos en casa, y tan manso, que venia á buscar el pan de nuestras manos! ¡Pero qué veo? ¡Si es el mismo! ¡Mira, mira la cintita azul que lleva al cuello! ¡Mi bienechora se la puso! Sin duda cuando ella murió se habrá escapado á los bosques, y es un milagro que no haya sido presa de las zorras. ¡Oh, cómo fija en mí sus ojillos vivos y penetrantes! ¡Parece que me reconoce, parece que me pide proteccion!

¡Dámelo, Tomás, y te lo agradeceré con toda el alma!

Así decia una niña de doce á trece años de edad, sentada sobre una peña, dirigiéndose á un cazador que pasaba seguido de su perro.

Este era un moceton alto y fornido, pero de fisonomía dura y ademán grosero.

Paróse bruscamente, y respondió con despego:

—¡Dártelo á tí, bruja maldita, despues del trabajo que me ha costado cojerlo vivo!

Muy mal se avenia el epíteto de bruja con la pobre niña, que era bella, pálida y melancólica como la luna de Enero.

Sin embargo, no se dió por ofendida, y juntando sus manos suplicantes, exclamó con dulcísimo tono:

—¡No le mates, Tomás, en nombre de tu tia, no le mates!

—¡Mi tia está con los muertos, y bien está por allá! Lo que haré será comérmelo á su memoria.

—¡Qué te importa una pieza mas ó menos?... ¡Cogerás tantas tú, que eres tan buen cazador!

Esta lisonja pareció humanizar alguntanto á Tomás.

—¡Qué me darás por él? dijo con aire socarron.

—¡Oh, Dios mio, bien sabes que nada tengo!

—Entonces no puede haber trato, replicó su interlocutor prosiguiendo su camino.

La niña se lanzó tras él.

—¡Lo quiero porque ella le amaba! le dijo con tono apasionado.

—¡Como te dejó tan lucida! Tú, que pensabas ser una gran señora, y te dadas los aires de tal...

Los ojos de la niña se llenaron de lágrimas.

—No importa, repuso vivamente: yo la amo, la venero y la bendigo de todos modos, Tomás. Mira: vengo de la ciudad, adonde he ido á buscar trabajo; cuando lo concluya te lo compraré.

—Pero una cosa á la cual se da estima, adquiere un valor muy grande.

—Fija tú el precio.

—Cuarenta reales.

—Sea; pero no le mates. Júrame que no le matarás hasta que yo vaya á buscarle.

Tomás era mas bruto que malo; se lo prometió y se fué.

Para comprender toda la amargura de este diálogo, preciso me es contaros en pocas palabras la historia, harto dolorosa, de la pobre niña. Pero su historia estaba íntimamente enlazada con la de la tia de Tomás, y empezaré por referiros la de esta.

Se llamaba Brígida, y era en sus tiempos la aldeana mas bella, mas virtuosa y mas instruida de aquellos alrededores. Muy cerca de su casa se alzaba una magnífica quinta, perteneciente á un poderoso banquero que residia en Madrid.

Quiso la casualidad que este perdiese á su esposa, de la cual no tenia hijos, y viniese á distraer su pena á aquel lugar apartado y delicioso. Vió á Brígida, y á pesar de sus sesenta años la amó y la ofreció su mano.

Es inútil decir que fué aceptada la proposicion con mucha alegría de parte de la rústica familia, y aun la jóven, que no albergaba en su pecho otro amor, se dirigió contenta al ara.

Sus primeros años de matrimonio fueron muy felices, y Brígida, que era generosa y buena, mejoró infinitamente la condicion de sus padres, y á su único hermano, cuando se casó, le dió por regalo de boda muchas y pingües tierras.

Pero la fortuna no siempre trata con igual agrado á sus protegidos: el banquero se vió envuelto en una quiebra inesperada, y no solamente perdió todos sus bienes, sino que fué preso y encausado. El infeliz no pudo soportar su oprobio, y murió de pena.

Brígida se halló, pues, precipitada desde la cumbre del esplendor á la mas espantosa miseria. Se vió sola, sin amparo, con un niño de pocos meses entre los brazos, y como sus padres habian muerto, pensó naturalmente en ir á buscar un asilo en la casa de su hermano.

Pero ¡quién lo creyera, hijas mias! ¿Quién creyera que el corazón del hombre pudiera abrigar tan negras impurezas?

Brígida halló cerrados los brazos y el corazón de su hermano, y tanto él como su mujer, la arrojaron bárbaramente de su casa.

Este amargo desengaño, este inexplicable dolor, inficionando su sangre, hizo que la leche que daba á su niño

se volviese veneno y le llevase en pocas horas á la tumba.

Brígida, que era amante como todas las madres, creyó que iba á volverse loca.

Por fortuna, la piedad que no habia hallado en su ingrata familia, la halló en una pobre viuda, que ganaba escasamente su sustento yendo á trabajar al campo.

Aunque tenia una niña de pocos años á quien atender, no se empeñó menos en que Brígida fuese á su casa y partiese con ellas su pobre mesa.

Imposible es imaginar con qué solícitos cuidados, con qué delicadas atenciones rodearon á la infeliz, tanto la buena mujer, que se llamaba Paula, como su hija Juana, que apenas contaba cinco años.

Brígida, á consecuencia de tantos sufrimientos, cayó gravemente enferma; pero sus bienhechoras, lejos de desanimarse, multiplicaban su cariño y sus desvelos.

Mientras su madre iba á trabajar al campo, Juana permanecía haciendo labor al lado de la enferma, y era de ver cómo ponía en tortura su infantil ingenio para distraerla y alegrarla.

Así pasaron tres años, hasta que la movible rueda de la fortuna volvió á encumbrar inopinadamente á Brígida.

Reparada la quiebra que habia ocasionado la de su marido, Brígida pudo recobrar casi toda su fortuna.

Entonces sucedió lo que era natural que sucediera, esta se volvió á instalar en su magnífica quinta, que antes estaba embargada, y se llevó consigo á Paula y á su hija.

¡Y aquí fué la rábida de todos los vecinos del pueblo, que se habian negado hasta á saludarla, aquí fué la desespe-

ración de su hermano y de su avara mujer!

Y en vez de reconocer su infamia, en vez de maldecir su codicia, todo el encono descargó sobre la inocente viuda y sobre su tierna niña.

Los sobrinos de Brígida, de los cuales el mayor era Tomás, que hasta entonces habían sido amigos de Juana, y habían jugado con ella, empezaron á maltratarla y á insultarla, llamándola señorita.

Y señorita fué en efecto, porque la que de protegida se había vuelto protectora, se complació en darla la educación mas esmerada, diciendo á cuantos querían oírlo, que pensaba nombrarla su heredera.

Jamás ninguna madre rodeó de tanta adoración á su hija como Brígida rodeaba á Juana; pero también jamás ninguna hija profesó tanto respeto, amor y gratitud como Juana profesaba á su generosa bienhechora.

Estaban tan íntimamente unidas, que parecían formar tan solo un alma.

Trascurrió el tiempo, y con el tiempo creció tanto su cariño, que Paula bajó al sepulcro con el consuelo de creer que el porvenir de su hija estaba asegurado.

Juana era tan buena, tan dulce, tan amable, que pronto hizo olvidar á todos la envidia que había despertado su improvisada fortuna, siendo los únicos á quienes no pudo desarmar los sordidos parientes de su protectora.

Esta, que tanto había sufrido con su propio infortunio, quiso emplear el resto de su vida en aminorar el infortunio ajeno. La caridad convertida en hábito, llegó á ser en ella necesidad y pasión. Todas sus diversiones se reducían á recorrer los alrededores en compañía de

Juana, ya para llevar el caldo á un enfermo, ya una canastilla de ropas á una recién parida, ya sus palabras de consuelo á un infeliz moribundo.

—Mira, decía Brígida á la niña; tú serás mi única heredera; pero no olvides que mi intención es que seas la administradora de los pobres, y hagas todo el bien que te sea dable. No te lo impongo como deber, pero te bendeciré desde el cielo si lo haces.

Una mañana que tenían preparada una de estas caritativas escursiones, Juana se levantó con el alba y esperó á su bienhechora. ¡Pero cosa extraña! El sol subió lentamente por detrás de las montañas, y estendió sus rayos de oro sobre la campiña, sin que resonase el menor ruido en la habitación de Brígida.

Juana, llena ya de inquietud, se decidió á llamarla; pero su voz se perdió en los aires sin respuesta. Entonces, loca y fuera de sí, empezó á golpear la puerta, y como al ruido acudiesen los criados, determinaron entre todos derribarla.

¡Oh, qué horrible espectáculo se ofreció á sus ojos cuando entraron en la estancia!

¡Brígida estaba tendida en el suelo, con el rostro amoratado! Víctima de una apoplejía fulminante, era ya cadáver.

Renunció á pintaros el dolor de que se sintió traspasada Juana.

Tan abismada estaba en él, que ni siquiera fijó su atención en el hermano de la difunta, que entró seguido de la gente de justicia.

No vió que sin respeto al cadáver, todavía palpitante, impulsados por la sordida codicia, hojeaban todos los papeles que se hallaban en el aposento,

y solo volvió en sí de su estupor al oír un grito de sorpresa que soltaron todos los circunstantes.

—¡No es la heredera, no! decía el padre de Tomás: ved lo que dice aquí. En el sobre: mi testamento; y en esta hoja de papel: lego á Juana el arcon que está debajo de mi cama. ¡Lo quereis mas claro?

—Señorita, le dijo una criada sacudiéndola del brazo, el ama no os deja nada.

La niña alzó las manos al cielo, y exclamó con tristeza:

—¡Ay! ¡Qué será de los pobrecitos á quienes ella socorria!

Aquella alma generosa antes pensaba en los desvalidos que en sí misma.

Siguióse á esta escena lo que era de esperar. Los parientes se instalaron en la casa, y arrojaron de ella á Juana, como habian arrojado á su protectora en otro tiempo.

Lo peor fué que no habiéndose hallado las mejores alhajas de la difunta, la tildaron de ladrona, y no la formaron causa por sus pocos años y la falta de testigos.

Afortunadamente, la caridad que Paula habia ejercido, otros la ejercieron con su hija.

Unos pobres labradores la ofrecieron un cuartito en su casa, al cual Juana llevó el viejo arcon, que solo contenia alguna ropa blanca, y como bordaba muy bien, tomó labor para subvenir á sus necesidades.

A pesar de su triste estado y del triste porvenir que la esperaba, jamás exhaló una queja. Lejos de eso, iba todas las tardes á rezar sobre la tumba de su bienhechora, y derramaba sobre ella lágrimas de sincera ternura.

Porque Juana no comprendia aquel

refran vulgar de *hazme ciento y faltame en una*, no: Juana, á pesar del último desengaño, no olvidaba ni un solo punto los muchos beneficios que habia recibido de Brígida, y aquel ilimitado amor que la hacia tan dichosa.

—No hizo mas que pagar lo que tu madre habia hecho por ella, la decian algunos; y escusas llorar tanto, porque no la debes nada.

—Si tengo alguna instruccion, si puedo ganar honradamente mi subsistencia, respondia con viveza Juana, se lo debo á ella, y jamás, jamás lo olvidaré. Por otra parte, sus bienes eran suyos, y lo que ella haya hecho está bien hecho. Mi madre practicó una buena obra, que hubiera dejado de serlo si nosotras hubiéramos pensado un solo instante en que debia ser retribuida. No, no; bendita sea mi bienhechora, que me ha hecho lo que soy, ¡bendita sea eternamente!

De esta respuesta ya se infiere con qué ardor trabajaria aquella semana para rescatar el inocente animalito, que habia sido tan querido de la que miraba como á su segunda madre.

—¡Si ella me ve desde el cielo, pensaba, cuánto se alegrará de que yo le cuide!

Llegó por fin el anhelado domingo: Juana llevó su labor concluida á la ciudad, y pidió que la adelantasen el valor de lo que pudiera hacer en otra semana. Con esto tuvo mas de cuarenta reales.

—Con lo que me sobra, decía, me basta para comprar pan durante quince dias. ¡Qué importa comer pan solo si está el alma satisfecha!

Voló á la que habia sido su casa, en donde habia sido tan feliz al lado de

Brígida', y que ahora estaba ocupada por sus enemigos. Juana lloró mucho al hacer esta reflexion, pero siguió adelante.

Por fortuna la primera persona á quien halló fué Tomás, que aunque brusco, era el que tenia mejor corazon de todos.

Juana le tendió las relucientes monedas, y medio avergonzado por su usura, fué á buscar el codiciado animalillo.

¡Oh! ¡Cómo explicar la alegría de la niña cuando pudo estrecharle entre sus brazos! ¡Cómo palpitaba su corazon de un júbilo infinito!

—¡Tengo algo de lo que ella amaba! decia besándole y acariciándole.

Llévole á su cuartito, púsole agua limpia y muchas hojas de lechuga y acelga, y pasó toda la tarde contemplando sus juegos, y hablándole de su ama, como si el animalito hubiese podido comprenderla.

Llegada la noche, se acostó y se durmió con el sueño bienaventurado de aquel que ha hallado de improviso algun tesoro.

Cuenta Estrabon que en tiempo de Tiberio y Augusto, algunos pueblos se vieron precisados á enviar embajadores á Roma para pedir ayuda contra la importunidad y daño que recibian de los conejos, pues talaban las yerbas y roian todos los árboles.

Tan travieso como los que dieron origen á la embajada debia ser el conejito blanco, por cuanto Juana se despertó varias veces durante la noche, alarmada con el ruido que hacia su improvisado huésped.

Pero ¡cuál fué su asombro al dia siguiente cuando vió el suelo cubierto de fragmentos de madera!

—¡El arcon era tan viejo, pensó, que nada tiene de extraño!

Pero al bajarse á recogerlos, vió que el conejo habia practicado un agujero, por el cual asomaba un poco de papel. Movida ya su curiosidad, examinó el arca por todos lados, y se convenció de que tenia un doble fondo.

Entonces llamó á gritos á los buenos labradores, y tanta maña se dieron entre todos, que hicieron astillas el pobre arcon, hallando las alhajas de Brígida, y además un abultado rollo de papeles.

Escuso decir que aquel era el testamento, por el cual instituia á Juana por su única heredera; escuso decir la alegría de ésta y el despecho de los avaros parientes, que tuvieron que desocupar la casa que miraban como suya.

Solo os diré que Juana mandó hacer una bonita conejera para perpetuar la raza de aquel animalito, ministro de la Providencia, que la habia devuelto su honor y su riqueza.

Solo os diré que no quiso casarse nunca, aunque amó y fué amada, y que fundó en su misma casa un hospital en donde hallasen abrigo todos los pobres de las cercanías, y del cual se constituyó directora.

Aun vive: aun está dando al mundo el raro ejemplo de una gratitud que ha sobrevivido á la muerte; pues cuanto hace, cuanto piensa, lo refiere á su bienhechora, complaciéndose en realizar todos los deseos que ella habia manifestado. Y como su caridad es inagotable, cuando los desvalidos la bendicen, siempre responde con dulcísimo tono:

—¡Benedicidla á ella! ¡A ella tan solo lo debeis! ¡Rogad, rogad por el eterno descanso de su alma!

¡Ah! Bien quisiera revelaros su apellido, tiernas amigas mías, para que lo esculpiérais en vuestro corazón; bien quisiera indicaros al menos el lugar donde reside, pero no; porque es tan esquisita su modestia, que sufriria al ver que otra mano que la de Dios y la de su bienhechora, levanta una punta del velo con que cubre afanosa sus virtudes.

ANGELA GRASSI.

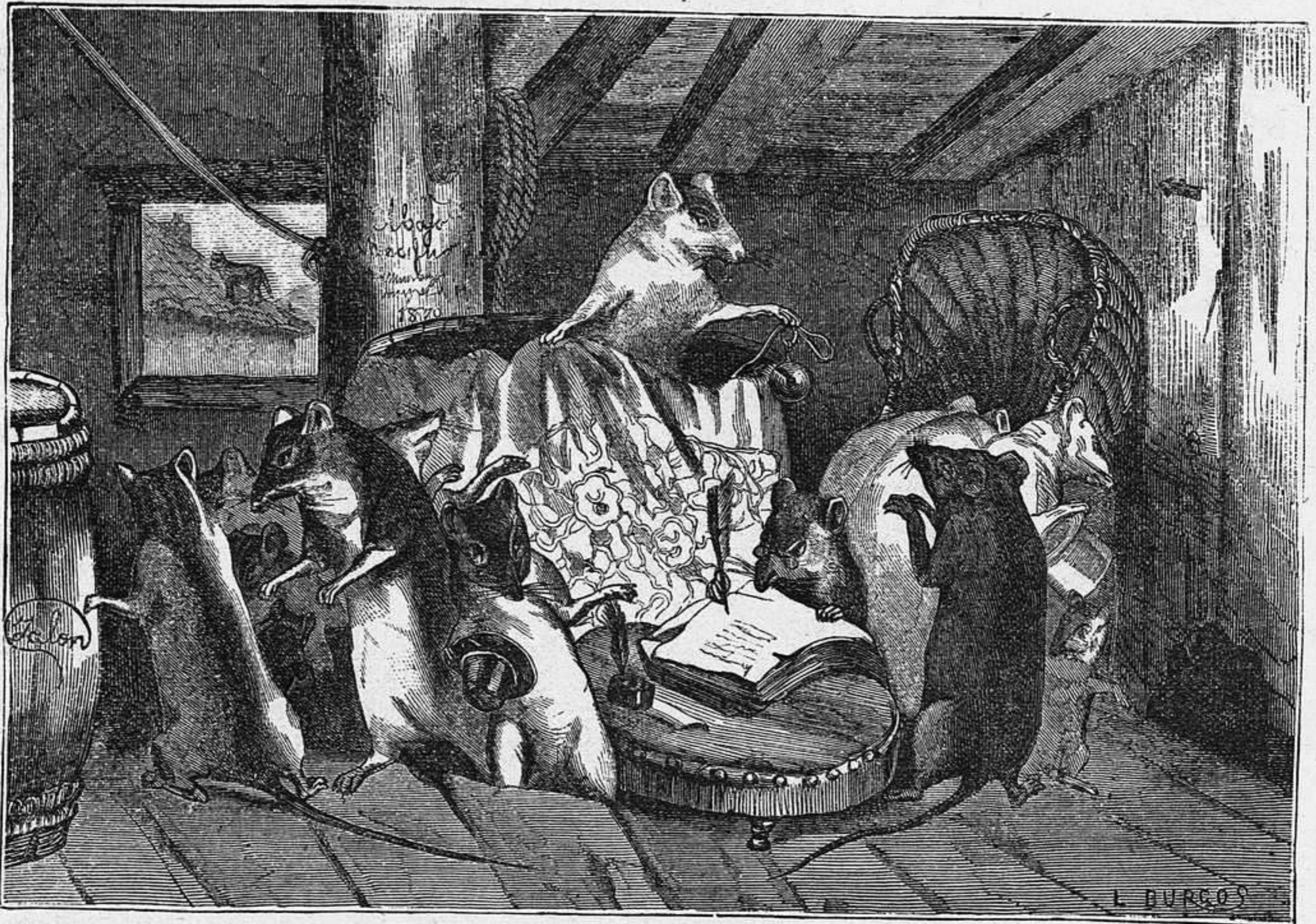
LA CRÍTICA.

Critique el sábio punzante,
que es útil crítica sábia;
pero me dá mucha rabia
que critique el ignorante.
Si me critican un canto
y quieren que no me pique,
sepa aquel que me critique
siquiera hacer otro tanto.
Zóilos faltos de talento,
yo soy mas suave que el hongo;
pero... voy á ver si os pongo
colorados con un cuento.
Un pintor de pobre arreo
(háylos de bata y de blusa),
pintaba no sé qué musa
en no sé qué coliseo,
y un quídam de ingénio romo
que presenciaba su obra
le dijo con zumba y sobra
de petulancia y aplomo:

«Hombre, tira los pinceles
ya que tan mal los manejas,
y pinta puertas y rejas,
y ventanas y anaqueles.
¡Qué musa tan horrorosa!
Si se ha de saber lo que es
debes poner á los piés
de esa musa: «Esto es tal cosa.»
Exasperado el pintor,
paleta y pincel dió al tal
diciendo: «Si lo hago mal,
quizá lo haga usted mejor.»
El crítico con torpeza
pincel y paleta toma,
y pinta... ¡una gran redoma
por pintar una cabeza!
«¿Quién de los dos mejor pinta?
le dice el pintor muy grave;
criticar cualquiera sabe,
pintar... ya es cosa distinta.»

ANTONIO DE TRUEBA.





EL CONGRESO DE LOS RATONES.

(FÁBULA) (1).

Érase *Micifúz*, gato de historia,
célebre en el país de los ratones,
donde en mil ocasiones
dejó de su poder triste memoria.
Él mataba sin tiento ni medida,
y cuando algun raton le suplicaba
perdon para su vida,
el feroz *Micifúz* se lo almorzaba.
Para poner remedio á tantos males,
que se iban repitiendo con esceso,
pensaron los ratones principales
en convocar las Córtes; un Congreso.
En vista de la urgencia
los ratones mas gordos y gentiles
llegaron del Congreso á la presencia,
y llegaron á miles.
Uno de ellos, nombrado presidente,
y echándola de majo,
escribió en un cartel perfectamente:

«¡Que muera *Micifúz*, abajo, abajo!»
—¡Que muera!... repetian
las ratas y ratones reunidos;
y todos aplaudian
de idéntico entusiasmo poseidos.
Despues de un breve rato
dijo un raton:—Señores, tengo un medio,
que nos salva la vida sin remedio.
—¿Cuál es?
—Ponerle un cascabel al gato.
Micifúz engañado
nos habrá de avisar con el sonido...
—¡Bravo! dijeron todos; admitido.
Y el acta del debate celebrado
escribió el secretario de corrido.
—Pero vamos, señores, poco á poco...
¿quién se lo va á poner?
—Yo no; soy viejo.
—Yo no puedo.
—Ni yo.
—Pues yo tampoco

(1) La idea principal de esta fábula es de La Fontaine.

porque tengo en estima mi pellejo.
.....Y todos se excusaron,
y el Congreso uno á uno abandonaron...

—
*Esto tambien entre los hombres pasa:
presentan los proyectos á millones*

*de importancia no escasa,
y hacen lo que el Congreso de ratones,
puesto que al poco rato...
¡nadie le pone el cascabel al gato!*

RICARDO SEPÚLVEDA.

YIAJE AL PAÍS DE LA GRAMÁTICA.

POR

JUAN MACÉ.

(CONTINUACION.)

—¡Cuánta palabrería, dijo, para hacer comprender á este niño que yo soy el Adjetivo que acompaño al Sustantivo y doy á conocer sus cualidades! Y despues que tan minuciosamente se ocupa V. de mí, no ha tenido tiempo para decirle que yo no tengo por mí mismo género ni número, y que varío mi terminacion para señalar mejor la relacion que tengo con el Sustantivo á quien califico.

—En hora buena, dijo el niño volviéndose hácia el mágico: vea V. cómo él sabe perfectamente su gramática. Justamente eso es lo que tanto trabajo me costaba aprender el otro dia. Se necesita una gran memoria para retener en ella esas cosas tan difíciles.

—Sin embargo, son bien claras y sencillas, hijo mio. Tú ya sabes que las funciones del adjetivo se reducen á expresar las cualidades del nombre. El género y el número de que él te habla ya los conoces tambien: son el masculino y femenino, el singular y el plural de que ya hemos hablado antes al ocu-

parnos del nombre y del artículo. Supuesto que el nombre tan pronto es un caballero, tan pronto es una señora, claro está que una señora no puede tener sino una doncella para que la vista y no un criado: el adjetivo, pues, está obligado, en consecuencia, á cambiar de figura al mismo tiempo que su amo. Ahora bien; ya sea ayuda de cámara ó doncella, es indudable que cuando tiene que vestir á varios señores á la vez, necesariamente debe multiplicarse, pasando tambien al mismo plural cuando lo hace su amo, pues lo contrario seria cosa rara y chocante. En todo esto me me parece que no hay ningun misterio. En lugar de suscitar nos querellas por tales pequeñeces, valdria mas, señor Adjetivo, que nos hablara V. de sus tan diferentes estados que todavía no conocemos.

La mamá tomó en este momento la palabra.

—No vaya V. tan de prisa, dijo con aire burlesco: todavía necesita V. dar algunas explicaciones interesantes á

propósito del adjetivo: como por ejemplo, saber en qué género hay que ponerlo cuando va unido á dos nombres á la vez, el uno masculino y el otro femenino.

El mágico parecía algo cortado y callaba, como un hombre que medita el modo de responder á una pregunta embarazosa; pero el niño no le dejó tiempo para preparar su respuesta.

—Eso yo lo sé, dijo con orgullosa satisfacción: en la última lección me lo han enseñado. Cuando llega ese caso, el adjetivo toma el género mas noble: se pone en terminación masculina.

—¿Qué le parece á V. de eso, caballero?

—Que los antiguos gramáticos eran unos señores muy mal educados, porque ellos son los que han inventado una expresión tan poco galante. Pero después de todo...

—¡El género mas noble! ¡Siquiera hubieran dicho el mas fuerte!...

—¡Ay señora! Precisamente los mas fuertes son los mas nobles; nunca ha habido otra clase de nobleza. Pero al fin era preciso escoger. En semejante trance, V. no querria que pusieramos el adjetivo en femenino; se burlarian de nosotros.

—¿Por qué no se ha inventado para esos casos un tercer género que fuese masculino ni femenino?

—Si hubiera de hacerse en nuestro siglo creo que se adoptaria ese partido; pero los que fundaron la gramática no tenían hacia las damas el mismo respeto que nosotros. Los antiguos griegos y romanos eran en esta parte menos cultos, y ellos son los responsables de esta falta. En castellano existe un género llamado comun de dos, que seria muy á propósito para sacarnos

de este embarazo; pero desgraciadamente solo tiene aplicación en un corto número de sustantivos, como son: *mártir, homicida, testigo, suicida* y algunos otros, que sin variar su terminación, pueden ser á la vez masculinos y femeninos. Sin embargo, no se ha hecho uso de él para aplicarle á los adjetivos, y es una cosa sensible.

—Declaremos ya terminado este incidente, y veamos en qué se ocupa el señor Adjetivo. ¡Oh, Dios mio! ¡Pues no ha construido mal tablado mientras nosotros estábamos hablando!

El niño volvió la vista que tenía fija en los dos interlocutores para comprender mejor lo que decían. Delante de sí vió entonces una especie de estrado, que se componía de tres gradas circulares en disminución, sobrepuestas una sobre otra, de manera que la última formaba una especie de plataforma algo elevada.

El Adjetivo registraba con la vista á uno y á otro lado, como si buscara alguna cosa.

—¿Qué busca V., señor Adjetivo? preguntó el niño; ¿quiere V. que yo le ayude?

—Busco algun objeto que colocar sucesivamente en estas tres gradas, para demostrarte su significación.

—¡Oh! sino se trata mas que de eso, yo mismo puedo subir.

Diciendo esto, el niño subió con presteza la primera grada: desde allí dominaba á sus compañeros de viaje.

—¡Qué grande soy!.. dijo riendo.

—Ahora estás en el grado *Positivo*. Sube mas.

El niño escaló la segunda grada con la misma ligereza.

—Ahora ya soy mas grande, dijo.

—Estás en el grado *Comparativo*. Sube mas.

Con la misma alegría el niño subió la última grada y se halló en lo alto de la plataforma.

—Aquí ya soy el mas grande.

Por encima de mí no hay nada.

—Has llegado al *Superlativo*. Puedes quedarte ahí si eso te divierte.

—No, no, se me vá la cabeza; no tengo nada delante de mí; ayúdenme ustedes á bajar.



Su mamá, que le había seguido con mirada inquieta en aquella ascension, acudió á darle la mano para que no cayera al descender. El mágico le atrajo hácia sí y le dijo:

—Te he dejado hablar, hijo mio, porque necesitábamos un adjetivo de calidad; pero tú has hablado como un niño. Sobre aquellas gradas no eras grande, ni mas grande, ni muy grande; te habias elevado, que no es lo mismo. *Elevado* es un adjetivo que sirve para designar las cualidades pasajeras del nombre, las que no están en su propia naturaleza, sino en sus relaciones con los demás. Si tú, por ejemplo, hubieras sido el mas grande de todos

nosotros lo serias todavía. Te habrás elevado por encima de nosotros, eso es todo; así es que cuando has bajado tu grandeza ha concluido. Tomabas por cosa tuya lo que solo pertenecia al puesto que ocupabas.

—No valia la pena de distraer al niño con todas esas sutilezas en el momento en que yo iba á explicarle mi *Positivo*, mi *Comparativo* y mi *Superlativo*; una explicacion mucho mas interesante que todas vuestras lecciones morales en este país, dijo el Adjetivo en tono brusco. Y puesto que los gramáticos tienen la desgracia de no agradarle á V., voy á hablarle en su mismo estilo: me parece que no ha de ser cosa difícil.

Volviéndose entonces hácia el niño, continuó:

—El nombre del primero ya lo comprenderás fácilmente mirando á la grada. El positivo es aquel sobre el cual están puestos los otros dos.

El nombre del *Comparativo* se explica por sí mismo: indica que se hace una comparacion. Cuando tú dijiste: —«Ahora ya soy mas grande,» comparabas tu grandeza de aquel momento con la que antes habias tenido.

El Superlativo tiene su nombre compuesto de dos palabras latinas, *super* y *latres*; que quiere decir *llevado sobre* ó *llevado por encima*, y bien has podido observar cuando te hallabas en la plataforma, que en efecto, estabas por encima de todo.

—Y en peligro de romperte la cabeza, dijo la mamá riendo.

—Todo se paga, dijo el Adjetivo filosóficamente; aun aquello que parece que no ha de costar nada. Nadie sabe eso mejor que yo, que soy mensajero de todas las injurias y de todas las lisonjas. Pero ahora advierto que yo tambien principio á moralizar. Me limitaré, pues, á hablar de mis tres hijos, ó si no, lo mejor será hacerlos conocer personalmente, lo cual me ahorrará de otras explicaciones.

En el mismo instante se vió aparecer un personaje de corta estatura, pero robusto y macizo, de anchas espaldas y miembros fornidos. Llevaba la cabeza descubierta y un traje modesto y sencillo.

Se adelantó con un paso tranquilo y mesurado, y sin decir una palabra fué á apoyarse de espaldas contra la primera grada del tablado, y allí permaneció inmóvil en actitud serena y digna á la vez.

—Este es mi hijo predilecto, dijo el Adjetivo, el mejor de todos, y el que mas quiero, el Positivo. Es un segundo yo, es el adjetivo puro y simple. Por consiguiente, nada tiene que decir por su parte: pero su hermano mayor tendrá muchas cosas que contaros.

Entonces apareció un grave doctor que caminaba con pasos contados y medidos, vestido de traje talar, y con un bonete cuadrado. En la mano llevaba un peso; aquel era el comparativo.

—Hé aquí, dijo apenas se presentó, mi instrumento, el instrumento de la comparacion, la cual representa dos juicios juntitos en un peso. Mi hermano mayor el Positivo juzga los nombres, pero yo juzgo sus juicios, y sin mi auxilio se hallaria muchas veces sin saber dónde colocarse.

—No puedo comprender perfectamente todo lo que dice, exclamó el niño mirando al mágico.

—Yo te lo explicaré. Cuando decimos de una cosa que es grande ó pequeña, es porque la comparamos con otra que es mas pequeña ó mayor que ella. El positivo no llega á este resultado sino por medio del comparativo, porque no hay nada grande ni pequeño de por sí. El hombre, por ejemplo, observa que el elefante es grande y la hormiga pequeña, porque los compara consigo mismo. Pero un elefante es un punto invisible comparado con la gran masa de la tierra, y una hormiga es una masa gigantesca si se la compara con uno de esos animalillos que solo pueden verse con la ayuda del microscopio, y que á causa de esto se les llama microscópicos. Toma ahora estas palabras; *rico*, *fuerte*, *ligerò*, *inteligente*; siempre hay una comparacion que les dé un sentido para nosotros. El que

tiene cien mil reales de renta, es muy rico comparado con un obrero, pero no es mas que un pobre diablo si se le compara con uno de esos banqueros cuyas rentas se cuentan por millones.

Mientras escuchaba estas explicaciones el niño habia tomado la balanza para jugar con ella.

—Yo quisiera, dijo al Comparativo, ver pesar aquí algunas cosas: debe de ser muy fácil.

—No siempre por mas que te lo figures así. Este peso no es como los vuestros, que solo pueden dar la medida del azúcar, del pan, del hierro, y que lo darán por sí mismos sin equivocarse nunca. Pero mi balanza sirve para comparar el peso de todo género de objetos que seria imposible colocar en otros pesos, y si no se pone mucho cuidado es fácil caer en error.

—¡Oh!... hágame V. el favor de pesar algunas de esas cosas; tengo curiosidad de saber cómo se hace eso.

El Comparativo tomó de nuevo el peso y colocó sobre uno de los platillos una gran vejiga, tan hinchada que parecia que iba á reventar, y en el otro puso una cajita cerrada poco mayor que una avellana. Al momento la balanza osciló y la vejiga subió como una pluma.

—Segun se ve, es cosa muy ligera la que hay dentro de esa vejiga.

—¡Ya lo creo! son todas las promesas que ha hecho un niño de ser obediente y bien mandado: en la cajita del otro platillo se ha encerrado un solo acto de obediencia.

—Bien, yo me explico perfectamente cómo las palabras pueden encerrarse en una vejiga, pues las palabras son aire. ¿Pero cómo es que una acción puede meterse en una cajita? Dejadme ver lo que hay dentro.

¡Dios mio! ¡qué materialistas son todos los niños! dijo el grave Comparativo: todo quieren verlo y tocarlo. Pues bien, mira ahora esto y tócalo si quieres.

En uno de los platillos puso entonces un gran sable reluciente y muy bien afilado: en el otro puso una pequeña pluma de escribir toda gastada y ennegrecida por el uso. Al pronto el platillo del sable descendió considerablemente haciendo elevarse al de la pluma, pero luego la balanza empezó á oscilar, al principio con dulzura, y luego con violencia, hasta que por último tomó su centro de gravedad y dejó ver que la pequeña pluma pesaba mucho mas que el reluciente sable.

—¿Qué significa esto? preguntó el niño asombrado.

—Quiere decir que el talento pesa mucho mas que la fuerza á la vuelta de algun tiempo. Una acción pesa mas que muchas palabras; la pluma es mas pesada que el sable, así lo ha decidido mi balanza. Es necesario sin embargo considerar que eso depende de la mano que la sostiene. Yo no hubiera respondido del resultado si tú hubieras sido el encargado de pesar esos objetos.

(Se continuará.)

LA MADRE SIN VENTURA. (1)

(INÉDITA.)

«¿Por qué cubierta para mí de abrojos
está siempre la vida?»
exclamaba una madre dolorida,
arrasados de lágrimas los ojos.

La pobre contemplaba
que el hijo de su amor desfallecía;
el niño no mamaba,
y su sonrisa de ángel se apagaba
y al beso maternal no respondía.

La pobre madre le apretaba en vano
contra el calor de su abrasado seno,
estrechaba sus manos con su mano;
mas su mirada bella
se iba quedando fija y cristalina
como luz fría de empañada estrella.

¡Ay! aquella flor mística
se fué doblando de la muerte al hielo,
y la mujer en su mortal angustia

clavó sus secos ojos en el cielo
y... creyó ver que un ángel lo llevaba,
y cuando en el espacio se perdía,
el niño jugueteaba,
el niño sonreía,
y al mirar á su madre que lloraba
con penetrante acento le gritaba:

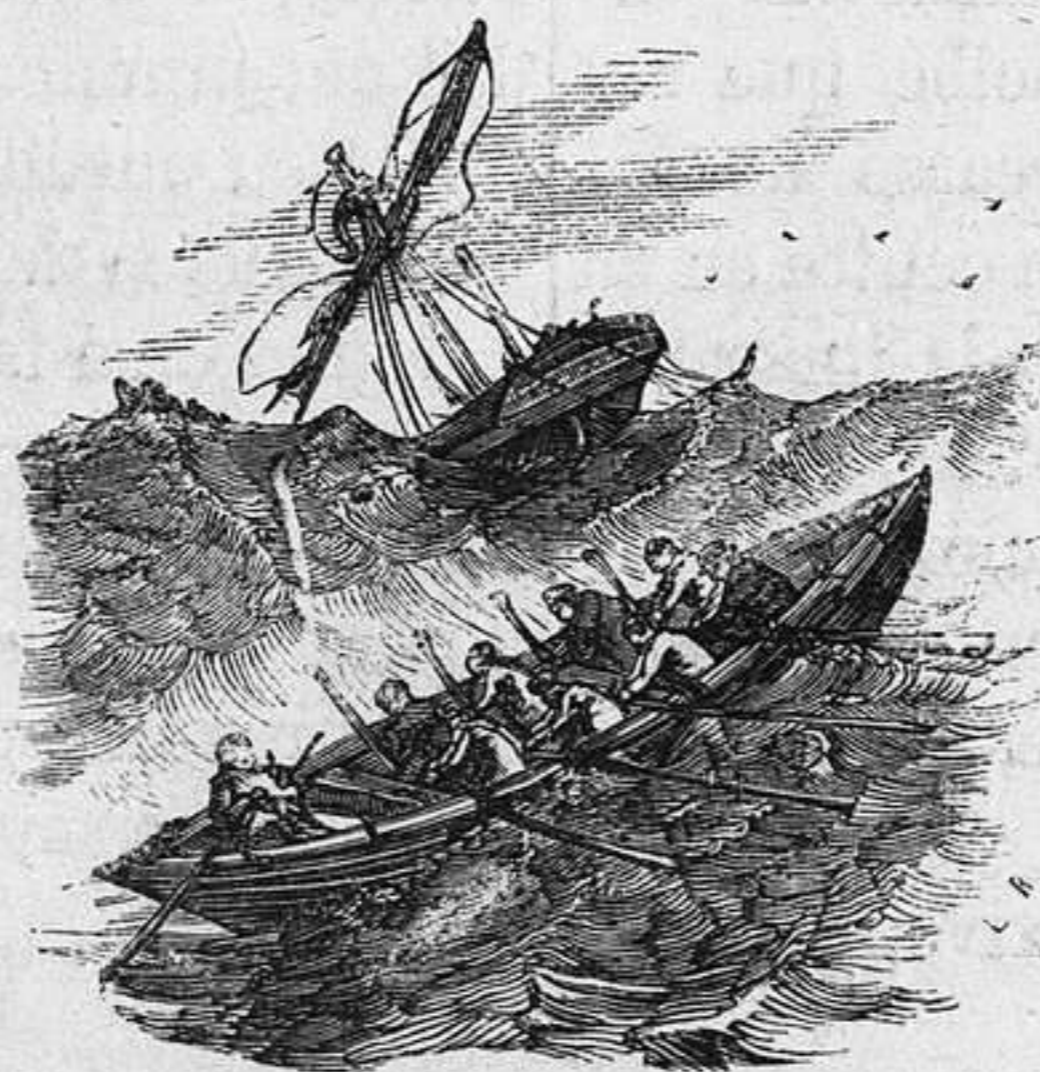
«¡No llores, madre mia;
que en la santa Sion de las delicias
que desde aquí diviso, ya no hay pena,
y allí recordaré yo tus caricias
cuando Dios acaricie mi melena:
y así que Él rompa tus mortales lazos
me hallarás en la puerta, allá te espero;
el ángel que me lleva entre sus brazos
me dice que yo soy tu mensajero!»

Desde entonces, cuando llora,
la esperanza la consuela;
cuando en las veladas ora,
con resignacion murmura:

«¡Bendito el buen Dios que vela
por las madres sin ventura!»

FRANCISCO CAMPRDON.

(Habana, 1870.)



(1) Esta preciosa poesía es una de las últimas que ha escrito el distinguido autor dramático D. Francisco Camprdon, que falleció en la Habana el 16 del pasado Agosto. Niños, rogad á Dios por él, que era un hombre honrado y un amantísimo padre de familia.

LA EXPIACION.

Hay un abismo entre estas dos ideas: *pensar y meditar.*

Es ley general del hombre como ser inteligente, *el pensamiento.*

Pero la meditacion es obra de la reflexion.

La inteligencia del hombre sometida á la actividad del espíritu está en constante movimiento, porque no puede detenerse, porque no puede quietarse, porque no puede suspender su vertiginosa marcha.

Y esa fiebre de la inteligencia es una enfermedad funesta que la devora y consume.

Porque la inteligencia para ser suya, es decir, para robustecerse y para obedecer á los principios inflexibles de la lógica natural, requiere tranquilidad y sosiego, requiere conciencia, requiere un dominio supremo sobre sí misma.

Solo así puede dirigirse hácia la verdad, solo así puede sobreponerse á las pasiones, solo así puede funcionar rectamente.

Se concibe muy bien una imaginacion inquieta y turbulenta que devore eléctricamente la naturaleza sin fijarse en sus detalles ni profundizar sus entrañas, pero no se concibe que esa imaginacion pueda señorearse de los secretos que la naturaleza oculta en su seno, no se concibe que esa imaginacion descienda al análisis, no se concibe que bajo tales condiciones pueda observar y formular en principios axiomáticos las grandes leyes del mundo.

El pensamiento irreflexivo, esto es,

la fuerza espontánea de la inteligencia es estéril en consecuencias positivas, pero es fecunda en resultados negativos y anárquicos, cuando es arrogante y pretenciosa, cuando sin pararse y analizar los hechos, cree que los conoce cumplida y profundamente.

Vamos á nuestro objeto.

El pensamiento en la acepcion de la fuerza espontánea de la inteligencia, es una propiedad inseparable de la inteligencia, y ya se agita frívolo y ligero en el niño, ya se exalta y se volcaniza en el demente, ya se presenta suave y apacible en la serena razon del hombre prudente y reflexivo.

Pero la meditacion es propia de la inteligencia vigorosa y discreta, de la inteligencia que comprende las dificultades que ofrece el descubrir la verdad y que conoce los grandes escollos del error.

En una palabra: el pensamiento irreflexivo es el gran mal de la vida humana, y el pensamiento reflejo, ó sea la conciencia, el pensar que pensamos, el conocer los medios á que debe ajustarse nuestro criterio para discurrir con acierto, es el gran resorte de la felicidad del mundo.

¿Quién puede dudarlo? ¿Quién puede dudar que si desde la infancia discurriéramos cuerdamente, que si no nos limitásemos á recorrer con el pensamiento los abismos de la creacion, sino que procurásemos recojer nuestro espíritu y acostumbrarnos á la meditacion sería muy distinta nuestra conducta?

No vamos á aplicar nuestras consideraciones á los errores científicos. No tratamos de esponer las causas que detienen el adelanto filosófico. No nos proponemos disertar sobre los grandes obstáculos que la frivolidad de nuestros juicios oponen al curso creciente de la civilizacion.

Nuestro intento se limita á la educacion.

Porque si definiéramos exactamente las ideas *pensamiento* y *meditacion*, si determináramos la esfera propia de cada una de ellas, si estableciésemos las diferencias que las separan y aplicáramos estas ideas á otra idea fundamental, á la idea «expiacion» es indudable que resolveríamos cumplidamente un problema teórico-práctico de felices y trascendentales consecuencias.

El pensamiento en su acepcion general, es el movimiento de la inteligencia, movimiento que se produce por la actividad del espíritu y que es inseparable de la inteligencia misma, sea cual fuere su estado. Por eso hemos dicho que el pensamiento existe lo mismo en el niño, que en el demente, que en el hombre de robusta razon.

Pero la meditacion es el resultado de una inteligencia vigorosa que replegándose sobre sí misma, conoce su debilidad subjetiva, y conoce tambien las grandes dificultades que se interponen entre ella y su objetivo, esto es, entre el criterio y la verdad de las cosas, ya sean estas tangibles como las del mundo físico, ya intangibles é incorpóreas como las leyes del orden moral.

Pues bien: si los padres, los maestros y todos los que influyen directa é indirectamente en la educacion de la niñez y de la juventud hiciesen estudiar y comprender, pero muy clara-

mente, la significacion de la libertad humana, de esa libertad que nos dá un dominio supremo sobre nosotros mismos, para determinar nuestra conducta, puesto que tambien nos hace ineludiblemente responsables de nuestras acciones, es indudable que la niñez y la juventud templarian la exaltacion de su inteligencia, detendrian el vuelo febril del pensamiento, reflejarian su criterio y meditarian.

¿Cómo no meditar ante la idea de la expiacion?

Seguramente que el placer es el gran estímulo de todos nuestros actos y el gran fin al que se dirijen constantemente nuestras aspiraciones.

Y por eso mismo, si conociéramos y definiéramos perfectamente los placeres legítimos y los ilegítimos, conocimiento que se encuentra bosquejado en el fondo de nuestra conciencia, pero que se define y completa por medio de la enseñanza moral que brota de una fuente purísima cuyo fecundo manantial es el único que apaga la sed devoradora del alma, no puede negarse, el hombre en todas las edades y en todas las situaciones se inspiraría en la meditacion y no en el pensamiento, es decir, en la conciencia y no en la imaginacion, porque la conciencia le muestra los horizontes luminosos del bien y los horrores del mal, y aunque el placer del momento, ó sea la gran fuerza del presente le seduzca y le halague, otro resorte supremo se moverá dentro de su alma, y merced á su prodigiosa influencia, se detendrá ante los atractivos del placer ilegítimo, y venciendo los impulsos de sus pasiones, realizará actos de honradez y de virtud.

Si el hombre comprende que la libertad que pone en juego constante-

mente para decidir su conducta lleva como una ley inflexible y correlativa, la ley de la responsabilidad, el hombre se haría cauto y discreto, y antes de arriesgar su porvenir inefable y eterno con acciones réprobas, procuraría hacer esfuerzos colosales para contenerse dentro de la esfera del bien, para merecer las recompensas sublimes que Dios reserva á los justos.

Por eso insistiremos siempre, é insistiremos con decidido empeño, en trazar la línea divisoria que separa al pensamiento de la meditacion, porque mientras el pensamiento abandonado á la impetuosa corriente de la imaginacion es un peligro eterno para el alma, la meditacion con su recogimiento engrandece la conciencia, robustece el criterio y descubre los efectos que son consiguientes á la virtud y al vicio.

No es profanar el misterio que cubre la creacion ante los ojos de la humanidad, el creer que Dios en sus inescrutables designios, quiso que el hombre se hiciese digno de una dicha infinita y eterna, prestando dócil y sumisa obediencia á los preceptos que le impusiera mientras peregrinase en el mundo. Y es que sin libertad no comprendemos la responsabilidad, y sin responsabilidad no se conciben los premios y los castigos.

Ahora bien: si observásemos constantemente los hechos ostensibles que se repiten á nuestra vista, si nos fijásemos en el triste fin con que termina

la vida del hombre del vicio, y en la serenidad y bienadanza con que lanza el último suspiro el hombre de la virtud; si estudiásemos la deplorable existencia que arrastra el hombre soberbio y disoluto aun en medio de su aparente dicha, y la dicha verdadera que disfruta el hombre humilde y benéfico, aun en medio de sus grandes tribulaciones, si fijásemos nuestra mirada escudriñadora en el desasosiego y en la agitacion que devoran al hombre entregado á sus pasiones y en la calma y tranquilidad que respira el hombre honrado y religioso, es seguro, muy seguro, que veríamos con vivos colores y en toda su plenitud la ley de la expiacion. Esa ley suprema y tremenda que decide nuestra ventura temporal y nuestro porvenir eterno, es la que deberíamos grabar con indeleble carácter en nuestro corazon y en nuestra mente, porque si al levantar nuestra inteligencia y exaltar nuestro espíritu viésemos siempre escrita con letras de fuego la palabra «expiacion» depondríamos esa pueril arrogancia que tanto nos rebaja y amengua, levantaríamos nuestras pasiones y robusteceríamos nuestra voluntad, y sublimando nuestra alma arderíamos en amor á Dios y en amor al prógimo, realizaríamos la caridad y nos haríamos dignos del gran fin para que fuimos creados.

JUAN CANCIO MENA.

AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORANEOS.

La moral es una joya de gran precio que desean poner hasta los inmorales.

Pero es una joya que muchos la anhelan como se codician las placas y grandes cruces; para lucirlas por fuera, en el delantero de la casaca.

No hay cosa mas llevada y traída que la moral: la encontrareis en la boca de todos; pero no la busqueis en todos los corazones.

¡Lo mismo grande que sean tantos los que la recomiendan y tan pocos los que la practiquen!

Verdad es que si no fuera así; ¿de qué habian de hablar los hipócritas?

Si cada cual cumpliera con sus deberes, este mundo no seria un valle de lágrimas; seria el verdadero Paraiso terrenal.

Tom. Rod. Rubí

Esta página autógrafa pertenece á uno de los autores dramáticos mas distinguidos de España, el señor don Tomás Rodríguez Rubí, cuyas obras han tenido el privilegio de llamar grandemente la atención del público, y quedarán como joyas de gran valía en el excelente repertorio del teatro español.

EN LA IGLESIA.



El agua bendita.

Entre las mas notables pueden citarse: *Isabel la Católica, Honra y provecho, Borrascas del corazon, La trenza de sus cabellos, La escala de la vida, El arte de hacer fortuna, La hechicera* (zarzuela), *Las Indias en la córte, La rueda de la fortuna, Bandera negra, De potencia á potencia,* y otras muchas.

El señor Rubí es gran poeta, gran conocedor del corazon humano, y en sus obras todas resaltan los mas

nobles y levantados pensamientos.

Sus poesías son muchas y muy buenas.

Este distinguidísimo escritor tuvo, como tantos otros, la debilidad de no saber resistir el contagio de la política, y engolfado en ella, abandonó la literatura dramática en la que tanto podia brillar todavía.

Ministro de la reina doña Isabel II, cuando esta señora cesó de reinar hace dos años, el señor Rubí, corazon hi-

EN LA IGLESIA.



Las monjitas en el coro.

dalgo y leal, siguió á aquella en la emigracion, y en el extranjero vive desde entonces. No estará ocioso seguramente, y algun dia esperamos que hemos de ver nuevas producciones de su ingenio peregrino.

Amigo nuestro muy querido, aprovechamos esta ocasion para enviarle un afectuosísimo recuerdo y manifestarle nuestro deseo de que cese la emigracion voluntaria en que se halla, y decimos voluntaria, porque D. Tomás

Rodriguez Rubí no es hombre que tenga necesidad de vivir lejos de su patria; su conducta de hombre honrado toda su vida en todos los puestos que ha ocupado es tan clara y notoria, que sus mismos adversarios políticos la confiesan y proclaman, y en España no tiene Rubí mas que amigos y admiradores.

El señor Rubí es desde el año 1860 individuo de número de la Academia española.